

Introducción

Luis Ramiro Beltrán S.

Este libro habla de un sueño. Un sueño de justicia. El sueño de democratizar la comunicación en América Latina. Habla de un ideal: el logro de oportunidades igualitarias para una autoexpresión y un intercambio cultural auténticamente libres y equilibrados.

El soñar en la justicia social, especialmente en forma de una distribución ecuánime del poder político y económico, es una vieja y arraigada costumbre de muchos latinoamericanos. Ha hecho notar incansablemente su presencia, subrayada a veces por el derramamiento de sangre, desde la rebelión de Tupac Amaru, en los tiempos coloniales, pasando por la Guerra de Independencia de Bolívar, hasta los tiempos republicanos de la guerrilla de Che Guevara.

La comunicación ha formado siempre parte de ese sueño. Y el sueño de la justicia ha demostrado ser peligroso también en este campo. La aspiración igualitaria inflamaba ya los periódicos clandestinos, los «pasquines» libertarios que desafiaban la opresión española y portuguesa. Y, desde el comienzo de la vida republicana hasta la fecha actual, los latinoamericanos han tenido que batallar frecuentemente contra la censura, la confiscación o la destrucción de las instituciones de los media por parte de gobernantes despiadados. El encarcelamiento, el destierro e incluso el asesinato son, no pocas veces, el precio que se paga por defender la libertad de información y el derecho a disentir en esta parte del mundo.

Sin embargo, en los tiempos modernos, el Estado no es el único enemigo de la libertad democrática en América Latina. Los intereses conservadores y explotadores, tanto nativos como procedentes de fuera del continente, han construido un sistema

de comunicación de masa privado y comercial que, en muchos aspectos, está lejos de ser democrático. La comprensión de este hecho, la percepción de elementos no-democráticos en la comunicación más allá de la represión gubernamental contra el periodismo inconformista, parece haber surgido tan sólo después de la Segunda Guerra Mundial. Además, el paso de la comprensión a la acción remediadora ha demostrado ser una empresa dura y lenta, cargada de frustraciones. Este libro es una exposición bien documentada de gran parte de ese proceso.

Esta exposición, hábilmente ensamblada por una investigadora norteamericana profundamente familiarizada con las comunicaciones en América Latina, Elizabeth Fox, describe la evolución de los *mass-media* desde los tiempos de la Revolución Mexicana hasta el presente. La obra, sin embargo, dado que no pretende ser omnicomprendensiva, se concentra en desarrollos clave que se han registrado entre los años sesenta y los ochenta, y concede una atención preferente a los países situados más al sur. Las exposiciones realizadas por trece autores altamente cualificados, incluyendo a la editora misma, se desarrollan principalmente en términos de las políticas públicas respecto al comportamiento de los media privados, que constituyen una abrumadora mayoría en este continente. Además, los ensayos se remiten únicamente a casos en que los cambios en la situación de la comunicación se buscaron dentro de un marco general de reforma, moderada o relativamente radical, pero legal. En consecuencia, el libro no incluye capítulos sobre los pocos países que han pasado por revoluciones generalizadas y habitualmente violentas; es decir, México (1910), Bolivia (1952), Cuba (1959) y Nicaragua (1979). Finalmente, el libro pone énfasis en los *mass-media* estándar antes que en los *mini-media* del tipo de las alternativas no-comerciales.

El libro señala correctamente que la búsqueda de la reforma de la comunicación necesitó muchos años para desarrollarse en un movimiento significativo y notorio. Fue tan sólo a mediados de los años sesenta cuando unos pocos analistas (solitarios tiradores emboscados más que comandantes de tropas) empezaron a articular la crítica de los poderosos media privados y de los impotentes media públicos. En el caso de los primeros denunciaron las tendencias hacia la propiedad oligopólica y entrelazada de los media, la distribución del acceso a los mensajes, sesgada en favor de las minorías urbanas, y la predominancia de contenidos triviales, alienadores y violentos; denunciaron también el estímulo del consumismo, el racismo y el conservadurismo. En el caso de los segundos hallaron una inclinación mucho más acentuada hacia las preocupaciones propagandisti-

cas que hacia el servicio a fines educativos y culturales. Y en ambos casos detectaron una indiferencia por el desarrollo de objetivos y tareas, excepto en lo que se refería a dar publicidad a las obras públicas. Las conclusiones de esos críticos (investigadores, políticos, profesionales de los media) fueron que las élites oligárquicas que sometían y explotaban a las masas habían pasado a ser también dominantes en la esfera de la comunicación y la cultura, aumentando con ello su poder en favor del mantenimiento del *statu quo*.

Fueron muy pocos los casos en que se intentó cambiar tal situación en el curso de los años sesenta. Este libro alude a un esfuerzo de los demócrata-cristianos chilenos por fortalecer los medios de comunicación del Estado y regular al mismo tiempo la actividad de los media privados. Alude también al ejemplo inusual de un *establishment* militar que realiza una transformación social radical en favor de las mayorías. Este fue el caso del régimen peruano nacido en 1968, que fortaleció e integró apreciablemente las instituciones de comunicación estatales y la legislación aprobada, imponiendo una fuerte regulación a los *mass-media* privados con objeto de modificar su orientación tradicional, considerada nociva. Entretanto, la televisión comercial se extendía triunfalmente por toda la región mientras el transistor permitía que millares de campesinos accedieran al mundo a través de receptores de radio portátiles.

Otro movimiento con intenciones de reforma llegó al poder en Chile, a través de unas elecciones, a comienzos de los años setenta: el de los socialistas de Salvador Allende. También ellos manifestaron su voluntad de reformar los media, pero fueron incapaces de introducir cambios de tanto alcance como aquellos que se intentaban en Perú. De hecho, en 1974, el régimen militar peruano expropió los diarios de Lima para experimentar una nueva fórmula de propiedad de los *mass-media*: la propiedad social en vez de la propiedad privada o pública. Los diarios iban a ser entregados a grandes organizaciones sociales, por ejemplo, ligas campesinas o sindicatos obreros. Este ejercicio innovador no dio resultado porque el régimen se mostró titubeante en el momento de entregar el control efectivo de la prensa a grupos que él no controlaba. Con el tiempo, los diarios tuvieron que ser devueltos a sus propietarios originales. Fue también en 1974 cuando, en Venezuela, un Gobierno elegido democráticamente intentó crear un Consejo Nacional de la Cultura y alentar a la radio y la televisión públicas a que colaborasen en los esfuerzos de desarrollo, no apoyados por los medios comerciales. Igual que en los casos de Chile y Perú, los intereses mercantiles y conservadores (nacionales y extranjeros) reaccio-

naron tan duramente contra la iniciativa que no tardaron en neutralizarla.

En concordancia con el enfoque central del libro, la editora Fox subraya la importancia de una reunión celebrada en Costa Rica en 1976. Se trata de la I Conferencia sobre Políticas Nacionales de Comunicación, convocada por la UNESCO, que se celebró a pesar de la virulenta oposición de la Asociación Internacional de Propietarios de Media. Es adecuado poner énfasis en esa reunión que, ciertamente, supuso la primera ocasión en que una propuesta general para la reforma de la comunicación conseguía la atención internacional al nivel de altos funcionarios gubernamentales. Las recomendaciones aprobadas orientadas a la acción y la declaración suscrita constituyeron un momento culminante del movimiento de reforma. Por otra parte, la reunión hizo cristalizar y validó el pensamiento precursor latinoamericano acerca de la democratización de la comunicación.

Pero, ¿qué ocurrió después de la reunión? Muy poca cosa, contesta la editora Fox, ofreciendo como explicación una «mala sincronización». De hecho, en 1976, con las excepciones de México, Costa Rica, Venezuela y Colombia, los países latinoamericanos habían quedado de nuevo sojuzgados por regímenes gubernamentales no-democráticos. Así, tanto la discusión acerca de políticas nacionales de comunicación como su aplicación se habían hecho prácticamente inviables. La persecución del ideal iba a desplazarse hacia África y Asia mientras sus principales pioneros y defensores, los latinoamericanos, tenían que dejarlo de lado.

Lamentablemente, los climas democráticos tampoco se mostraron aptos para albergar la transformación. Ni siquiera Venezuela, el país que de modo sobresaliente había engendrado y dirigido gran parte de las preocupaciones en torno a la política de comunicación, fue capaz de poner en práctica ninguna de las recomendaciones de San José. México se convirtió en el único país que intentaba lograr algunos cambios importantes después de la reunión de San José. Los reformadores, respaldados por dos presidentes de la República, Luis Echevarría y José López Portillo, entre 1970 y 1982, propusieron una reformulación general de los derechos de los ciudadanos relativos a la comunicación que democratizase todo el sistema de comunicaciones. Intentaron, además, lograr el cumplimiento de normas jurídicas que obligaban a la televisión comercial a una programación educativa y cultural. Igual que en el caso de Venezuela, el primer proyecto abortó repentinamente debido a una firme presión por parte de los intereses privados y a la oposición de políticos en el

interior del Gobierno. Tampoco se alcanzó el segundo objetivo.

¿Se cumplirá alguna vez el sueño de tanta gente? Es evidente y nada sorprendente que, hasta ahora, la historia de la reforma de las comunicaciones en América Latina a través de políticas democratizadoras es una historia de fracasos. Con un par de excepciones relativas, los ensayos de este libro dan fe, convincentemente, de este hecho lamentable. Las explicaciones aportadas (adicionalmente a la represión gubernamental y a la oposición de la empresa privada) son numerosas. Por ejemplo:

– Las democracias recientemente restauradas no pueden permitirse la aplicación de políticas de reforma de los media. Están abrumadas por una colosal deuda exterior y acosadas por agobiantes exigencias derivadas del desastroso estado de la economía, y no disponen de recursos para invertir en tales cambios. Por otra parte, son tan frágiles que no pueden arriesgarse a provocar las iras del sector privado, al que algunas de esas democracias han llegado a transferir los media estatales. Y, obviamente, los políticos que desean ganar elecciones no pueden enemistarse con los media. Además, en unos pocos casos, algunos imperios de medios de comunicación han crecido hasta tal punto y se han hecho tan poderosos, como es el caso de O Globo en Brasil o Televisa en México, que los gobiernos (democráticos o no) no podrían sobrevivir en el poder sin su apoyo sostenido. Eso tiene un precio.

– Han tenido lugar muchos y muy importantes cambios, más o menos en el curso de los últimos diez años, en las tecnologías, los mercados y los públicos. Esta evolución ha hecho tan compleja la gestión de la industria internacional de comunicaciones que su regulación jurídica a nivel nacional se ha convertido en una empresa difícilísima. Incluso el control nacional de televisión por cable, el vídeo y las transmisiones extranjeras directas a través de antenas de disco de bajo costo se ha hecho difícil y caro para los gobiernos.

– Las pautas internacionales de producción y distribución de publicidad cambian rápidamente en muchas direcciones, algunas de ellas completamente inesperadas. Actualmente, algunas empresas latinoamericanas de televisión obtienen gran parte de sus ingresos del extranjero y se han convertido en exportadoras de envergadura a los territorios hispanoparlantes de Estados Unidos de América. El comercio de televisión entre

países está creciendo también en el continente. Hay firmas estadounidenses y europeas que patrocinan coproducciones que pueden difuminar en cierta medida las líneas divisorias entre los contenidos extranjeros y nativos. La producción nacional a cargo de grupos independientes de vídeo y televisión crece a pesar de la crisis económica. Hay tecnologías simplificadas y baratas que permiten a los públicos populares unos grados de acceso y participación quizá inconcebibles hasta hace poco. Algunas grandes compañías de televisión empiezan a contemplar como provechosa y conveniente la realización de una producción educativa y cultural que, en el pasado, consideraban competencia del Estado. No puede ignorarse su flexibilidad para adaptarse a circunstancias cambiantes. En vista de ese panorama que está abriéndose, algunas reformas parecen imposibles, mientras otras pueden convertirse en innecesarias.

Esas observaciones urgen a la reflexión y tienen implicaciones múltiples e importantes. No pueden examinarse dentro de los límites de esta Introducción, pero deberían constituir un desafío para muchos lectores atentos de este libro, sobre todo en América Latina. Fox y los demás autores prestan, hábilmente, un buen servicio a muchas personas al situar tales consideraciones en un primer plano de la discusión pública. No pocos de los desarrollos indicados en este libro son escasamente conocidos en este continente en el que todavía escasea la difusión de la literatura y el intercambio de documentación. Así, los políticos, los planificadores, los científicos sociales y los especialistas en comunicación sacarán provecho, sin duda, de la lectura de este volumen.

Sin embargo, el hecho de admitir la existencia de la evolución observada quizá no induzca necesariamente a todos los lectores a compartir todas las conclusiones a las que llega la editora. Aunque muchos se adherirán sin problemas a la idea según la cual la reforma radical de las comunicaciones en América Latina se ha hecho cada vez más inviable y, por otra parte, es probablemente indeseable, Elizabeth Fox tiene presente, sin duda, la lección de Bolívar: no existe nada más práctico que una buena utopía.